

Quo vadis, Germania?

CARLOS MENDO

Es la pregunta del millón: ¿adónde vas, Alemania? Y a día de hoy no tiene todavía respuesta. La falta de un resultado claro y contundente en las elecciones alemanas del domingo es la peor noticia que Europa podía recibir en unos momentos, como los actuales, de turbulencia económica, estancamiento del crecimiento y crisis energética, agudizada por un creciente aumento en el precio del crudo. Porque, si la inestabilidad política frena todavía más a la economía alemana, ya con pronóstico grave, las repercusiones en el resto de los países de la Unión pueden ser impredecibles. Con la locomotora de la tercera economía del mundo aparcada en vía muerta, el resto de los vagones no tiene posibilidad alguna de avanzar. Y lo que el resultado electoral del domingo trajo a la República Federal fue, precisamente, incertidumbre e inestabilidad. Se comprende la preocupación que reina en estos momentos en todas las cancillerías responsables y la angustiosa petición del presidente de la Comisión Europea, José Manuel Durão Barroso, a los líderes políticos alemanes para que lleguen cuanto antes a un acuerdo que permita la formación de un Gobierno estable en Berlín.

Desde el punto de vista operativo, todas las soluciones que se apuntan son malas. La llamada gran coalición de los dos grandes partidos, socialdemócratas del SPD y cristiano-demócratas de la CDU-CSU, ya intentada en la década de los sesenta con resultados más que discutibles, no sólo plantea el problema nada pequeño del liderazgo —tanto Angela Merkel como Gerhard Schröder quieren dirigirla—, sino que se traduciría en un rosario de recriminaciones diarias con cada partido queriendo cargar al otro las culpas de cualquier medida impopular adoptada por la coalición. Además, en el caso totalmente improbable de que Merkel cediese la cancillería a Schröder —después de todo, la CDU-CSU tiene tres diputados más que el SPD—, la labor legislativa futura del socialdemócrata se vería seriamente dificultada por la mayoría conservadora en el Bundesrat o Cámara alta.

En cuanto a las coaliciones, calificadas ingeniosamente de semáforo (SPD, Verdes y liberales del FDP) y jamaicana (CDU, FDP y Verdes) por los colores distintivos de cada partido, serían consideradas por los votantes de los partidos pequeños, Verdes y liberales, como una traición a sus programas electorales, aunque *la erótica del poder*, descrita por Pío Cabanillas, también funcione fuera de nuestro país. Lo cual no quiere decir que estos maridajes de conveniencia no se puedan producir. Los liberales formaron coalición con los



El líder del Partido de la Izquierda, Oskar Lafontaine. / EFE

socialdemócratas en el pasado, pero, evidentemente, Schröder no es Helmut Schmidt, ni la situación política doméstica ni la internacional son las mismas.

En realidad, la única buena noticia del resultado electoral es que tanto Merkel como Schröder se han negado a dialogar con el Partido de la Izquierda, formado por los neocomunistas de la antigua RDA y la escisión del SPD liderada por la némesis del canciller y antiguo presidente del SPD, Oskar Lafontaine, a pesar de sus excelentes resultados electorales (del 4% al 8%). Y no precisamente por representar a la extrema izquierda, sino por la infumable demagogia populista y xenófoba utilizada por Lafontaine en su campaña electoral, que a muchos ha recordado el lenguaje utilizado por el nacionalsocialismo en los años treinta, con sus referencias constantes a los “trabajadores extranjeros” y a las “leyes de la vergüenza” para calificar las reformas de Schröder, un término usado por los nazis para referirse a las condiciones impuestas a Alemania por el Tratado de Versalles.

En realidad, y como afirmaba Herman Tertsch el martes, los alemanes han tenido miedo al cambio, un cambio de rumbo cada día más urgente en un país con un déficit fiscal que puede rondar este año el 4%, con 10.000 quiebras anuales de empresas, con cerca de cinco millones de parados y con un crecimiento para 2004 calculado en el 1,1%, cuando el barril de crudo se movía entre los 40 y 50 dólares, al que sólo le salva la firmeza de su sector exterior, que aporta un 0,6% al crecimiento del PIB. Cualquier acuerdo que resulte de las conversaciones que ahora mantienen los partidos será un parche. Sólo un claro mandato, producto de unas nuevas elecciones, podrá sacar a Alemania de la parálisis política que sufre como consecuencia del resultado electoral.

El alemán desplaza al francés como segundo idioma en la UE ampliada

El Eurobarómetro sobre las lenguas sitúa al castellano en quinto lugar

RICARDO M. DE RITUERTO. Bruselas
El castellano es la quinta lengua más hablada en la UE, cuya ampliación a Veinticinco ha desplazado al francés al tercer lugar en beneficio del alemán y convertido al ruso en el séptimo idioma pese a no

ser lengua oficial. Preguntados los europeos sobre su dominio de otras lenguas, el 65% dicen defenderse bien o muy bien en español, sólo superado por el 69% que dicen tener dominio del inglés, lengua hablada por la mitad de los europeos.

El Eurobarómetro sobre el estado de las lenguas en la Unión se realizó entre mayo y junio, al año de la ampliación a diez nuevos países y 75 millones de personas. Esto introdujo modificaciones notables en el mapa lingüístico, aunque sin afectar de forma sensible al castellano, que en la Europa de los Quince era tenida como primera o segunda por el 15% de los europeos y ahora lo es por el 14%: ha bajado el porcentaje, pero ha subido el número absoluto de hispanohablantes.

Al francés, la ampliación le ha sentado mal: de ser la materna o segunda lengua del 28% de la población, ha caído al 23%, en beneficio del alemán, hablado como primera o segunda lengua por el 30%

de los europeos. El italiano es la cuarta, con el 15%. Nadie discute la primacía del inglés, hablado como primera o segunda lengua por el 47% de los europeos. La irrupción de los países del Centro y del Este de Europa lleva al polaco al sexto lugar y se cuele en la Unión, aunque sin reconocimiento oficial, el ruso: fue la lengua franca de los países comunistas y en los Bálticos es la primera lengua de una parte notable de la sociedad (29% en Letonia y 19% en Estonia; en Lituania la presencia sólo llega al 8%).

Este Eurobarómetro se ha realizado, como un complemento de otro sobre un asunto ajeno, para tantear el estado de la situación lingüística en Europa y dentro de unos meses será sustituido por un

trabajo a fondo sobre la babel europea, con 20 lenguas oficiales y decenas de lenguas o dialectos con distinto grado de reconocimiento en los diferentes Estados de la Unión.

España es el único país en el que se han contabilizado las lenguas vernáculas y aun así sólo dos: el catalán y el vasco. El sondeo revela que el 87% de los españoles dice tener como primera lengua el castellano, mientras que para el 9% la primacía es del catalán. El 1% de los consultados opta por el euskera. Un portavoz de la Comisión no supo explicar el por qué de la ausencia del gallego, que pasa por ser la lengua vernácula proporcionalmente más hablada en una autonomía española.

